

EL APARECIMIENTO DEL SABER HISTÓRICO EN GUAYAQUIL: EL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS (1930-1962)

Ángel Emilio Hidalgo*

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

RESUMEN

El artículo analiza la producción historiográfica guayaquileña aparecida en el *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*. Primeramente, se realiza un acercamiento al contexto sociocultural de la ciudad-puerto entre 1930 y 1960. Seguidamente, se estudia la creación del Centro de Investigaciones Históricas y el aparecimiento del *Boletín*, la primera publicación especializada en su ámbito, su contenido y los temas que atrajeron la atención de sus colaboradores. Finalmente se explora la influencia de esta institución en las conmemoraciones locales.

PALABRAS CLAVE: Guayaquil, siglo XX, modernidad, intelectuales, conocimiento histórico, historiografía, positivismo.

ABSTRACT

This article analyzes the historiography produced in the Guayaquil periodical *The Bulletin of the Center for Historical Research*. The analysis begins with an overview of the sociocultural context of the port city between 1930 and 1960. The author then moves on to the creation of the Center for Historical Research and the appearance of the *Bulletin*, the first publication in its field. He outlines the bulletin's content and the themes that attracted the attention of collaborators to the project. The essay concludes by exploring the influence of the Center for Historical Research on local commemorations.

KEYWORDS: Guayaquil, twentieth century, modernity, intellectuals, historical knowledge, historiography, positivism.

* Agradezco a Guillermo Bustos sus comentarios y sugerencias para la realización de este trabajo.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo se propone reconstruir el proceso de formación del Centro de Investigaciones Históricas, la primera comunidad organizada de historiadores que existió en Guayaquil, entre 1930 y 1962. ¿Cómo se conformó el saber historiográfico en Guayaquil, a partir del impulso del Centro de Investigaciones Históricas?, es la pregunta central, por lo cual, se analizan sus actividades públicas y académicas, el lugar social de los historiadores, los mecanismos de institucionalización y el rol de las conmemoraciones en la construcción de la memoria histórica y social de Guayaquil.

Este trabajo se estructura a partir de nociones que atañen a la formación del saber letrado y el lugar social del intelectual que manejan autores como Carlos Altamirano y Michel de Certeau. Además, busca comprender las dinámicas y procesos históricos concretos que enmarcaron las actividades del Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil, en más de treinta años.

Carlos Altamirano problematiza la reproducción del saber letrado, desde los enfoques y perspectivas de la historia intelectual, subdisciplina historiográfica que emana de la historia social. Su objeto de estudio, dice el filósofo e historiador argentino, es “el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas”;¹ agregando que ese pensamiento “únicamente nos es accesible en las superficies que llamamos discursos, como hechos de discurso”.² Quiere decir que es producto de un tipo de lenguaje que se recrea en el tiempo histórico y social, alterándose permanentemente, según los diversos cambios de sentido “que les hace sufrir su paso por la historia”.³

Michel de Certeau, por su parte, introduce la categoría de *lugar social* que resulta clave para articular la relación entre lenguaje y práctica social. De Certeau establece una conexión entre el tipo de discurso y el lugar desde donde se habla, por lo cual, “la historia se define completamente por una relación *del lenguaje con el cuerpo* (social), y por consiguiente por su relación con los *límites* que impone dicho cuerpo”,⁴ constatación que le lleva a concluir que el nexo entre la historia y el *lugar* “es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad”.⁵

1. Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, p. 10.

2. *Ídem*, pp. 10-11.

3. *Ídem*, p. 11.

4. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 81.

5. *Ídem*, p. 81.

Esta reflexión me permite recurrir a un enfoque pragmático para abordar una temática poco discutida en el contexto nacional y que aparece intocada en el caso específico de Guayaquil. La historiografía guayaquileña en general y sus formas de institucionalización social no han merecido la atención de los historiadores, por lo que, adolece de una preocupante falta de balances generales y estudios que profundicen en la formación y reproducción del conocimiento histórico.

Por ello, la mayor parte de la información analizada la obtuve del *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, publicado entre 1931 y 1962, así como de bibliografía conexa que contribuyó a esclarecer ciertos aspectos. Los acápites del texto permiten entender el contexto en que surgió el Centro de Investigaciones Históricas, sus actividades específicas y legado en la constitución de una memoria histórica, desde el rol que la sociedad guayaquileña, en esa etapa, asignó a sus historiadores.

GUAYAQUIL ENTRE 1930 Y 1960: CONTEXTO SOCIOCULTURAL

La creación de una comunidad de historiadores o especialistas en el conocimiento del pasado, entre 1930 y 1960, será fundamental en el medio guayaquileño para entender la dinámica de formación de una sociedad que experimentaba procesos de transición en lo simbólico y material, hacia una modernidad entendida como periférica, caracterizada por la no simultaneidad en los cambios socioeconómicos y culturales que desde el siglo XIX se vivían en el hemisferio occidental.

Guayaquil experimentó, hacia 1930, acelerados procesos de urbanización, como resultado de la migración campo-ciudad ocasionada por un prolongado ciclo económico recesivo, que sobrevino con la estrepitosa caída de los precios del cacao en el mercado internacional, durante la década del veinte. Al mismo tiempo, cambios sociopolíticos de reciente data implementaron políticas de mayor control estatal, con la aplicación de medidas de alcance social destinadas a socavar el poderío económico del sector oligárquico guayaquileño.

El último lustro de la década del veinte transcurrió en medio de voces que desde Guayaquil hicieron reivindicaciones federalistas, como expresión reactiva de una élite regional agroexportadora que sufría lo que varios autores han llamado la “crisis de la autoridad paternal”,⁶ es decir, el impacto y

6. Juan Maiguashca y Liisa North, “Orígenes y significado del Velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972”, en Rafael Quintero, edit., *La cuestión regional y el poder*, Quito, Corporación Editora Nacional/CERLAC-York University/FLACSO, 1991, p. 100.

transformación de las condiciones de dominación oligárquica, posibilitadas por el repliegue económico, político y simbólico del liberalismo plutocrático, que durante más de una década había gobernado el país. No obstante, el declive del sector cacaotero obligó a una diversificación económica en la cuenca del Guayas y la Costa en general, surgiendo productos alternativos como el arroz, azúcar, café y tagua, por lo que, pese a la crisis, “la movilidad social fue intensa en toda esta región”,⁷ principalmente del Litoral interior y de la Sierra central, hacia Guayaquil.

El pensamiento social guayaquileño había experimentado un cambio, entre 1910 y 1930, desde visiones positivistas, presentes en la obra ensayística de Alfredo Espinosa Tamayo, hasta un neo costumbrismo romántico, expresado en las crónicas de Modesto Chávez Franco y Gabriel Pino Roca. De algún modo, el horizonte científico, investigativo y crítico se había replegado, abriendo paso a géneros como la crónica histórica y periodística, en tiempos críticos de representación política.

Pero el contexto que posibilitó la emergencia del primer grupo de historiadores asociados en Guayaquil debe ser analizado a trasluz de la herencia cultural del liberalismo laico, sin cuya impronta sería difícil entender el tipo de práctica y discurso que surgió, así como el lugar y rol social que cumplió este grupo de intelectuales, en el entramado de las relaciones socioculturales del puerto.

En primer lugar, debemos reconocer el carácter marginal de los escritores e intelectuales en el momento de consolidación del proceso de acumulación capitalista, cuando se establece una marcada división del trabajo: la sociedad se aglutina en el contexto de la progresiva secularización de la cultura y la urbanización de las ciudades, por lo cual, la visión y percepción del mundo fáctico se divide en tres campos: ciencia, moralidad y arte. De esta forma, “se institucionalizaron tanto el discurso científico y las teorías morales cuanto la producción y crítica del arte, transformándose en esferas dominadas por especialistas, con lo cual la producción cultural de estos expertos fue alejándose cada vez más del público corriente, de la “praxis” cotidiana”.⁸

La ciudad es el escenario “natural” donde se libran las luchas por ocupar espacios de poder simbólico porque allí están las instituciones que representan a la sociedad letrada, la cual se manifiesta en múltiples dimensiones y responde a diversas motivaciones ideológicas (éticas y estéticas). Guayaquil era, hacia 1930, el principal puerto económico del país y aún se consideraba el baluarte del liberalismo. A pesar del repliegue político del Partido Liberal, a inicios del siglo XX se había establecido una cultura secular que trascendía

7. *Ídem*, p. 97.

8. Bernarda Urreojola, “Modernismo hispanoamericano: ni estética a-identitaria ni compromiso estético”, en *Cyber Humanitas*, No. 23, invierno de 2002.

las clases sociales, destacando el papel de una clase media emergente que ocupaba mayores espacios de poder, en gran medida por la capacidad de movilización que demostraron los propios agentes, quienes crearon agrupaciones sociales y culturales, abrieron nuevas cátedras universitarias, organizaron foros y debates, publicaron revistas y periódicos; es decir, intervinieron activamente en la esfera pública.

Una “vieja” intelectualidad de origen burgués, que predominó en el siglo XIX, daría paso a nuevos cuadros procedentes de los sectores medios, formados bajo los paradigmas éticos y cívicos del liberalismo laico, quienes acogieron el discurso patriótico y nacionalista que promovía la corriente liberal. Se había creado un imaginario sociocultural que entendía el papel del intelectual como el de un “apóstol secular, educador del pueblo o de la nación”.⁹

Mezcla de tribuno, publicista y educador, el historiador liberal era un erudito que “orientaba” a la opinión pública y “transmitía” los valores cívicos de la nación. Por ello, algunos historiadores sostienen que una de las principales características de la historiografía liberal fue “la preocupación por establecer las identidades nacionales”.¹⁰

En ese marco ideológico, el papel asignado al Estado en la educación de los ciudadanos fue fundamental en el proyecto liberal ilustrado. En Guayaquil, el gobierno local coadyuvó a la difusión de la cultura letrada, creando una Biblioteca Municipal –se fundó en 1862, pero a fines del siglo XIX se institucionalizó– que asumió el rol social de promover la lectura y estimular la investigación en el terreno de las humanidades.

Para 1908, un informe demostraba que la biblioteca tenía 20.000 volúmenes y atendía mensualmente a más de 1.000 usuarios.¹¹ En 1910, el historiador Camilo Destruge creó el *Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil* que albergó una “Sección Histórica” donde se insertaban artículos suyos, de Juan Antonio Alminate (ambos directores de este órgano) y de otros autores escogidos, pues, según la política editorial establecida, solo tenían cabida “los artículos bibliográficos, los estudios históricos, arqueológicos, etc., de nuestro personal de redacción y los colaborados sobre los mismos asuntos u otros que la Dirección considere adecuados al género de nuestra publicación”.¹²

9. Carlos Altamirano, “Introducción general”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008, p. 15.

10. José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001, p. 169.

11. *El Ecuador. Guía comercial, agrícola e industrial de la República*, Guayaquil, Compañía Guía del Ecuador, 1909, p. 336.

12. “Nota editorial”, en *Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil*, I, 1, marzo de 1910, p. 1.

La publicación del *Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil*, de aparición mensual, fue la primera tentativa institucional que buscó asegurar la reproducción del conocimiento histórico, a través de un medio que privilegió los estudios locales, casi todos escritos por Camilo Destruge, aunque también hubo colaboraciones de Gabriel Pino Roca, del venezolano Laureano Vallenilla Lanz e “inserciones” de autores extranjeros que reflexionaban sobre la importancia de la lectura y los modernos procesos de clasificación bibliográfica.

Camilo Destruge Illingworth (1836-1929) fue un destacado periodista liberal guayaquileño que se convirtió en prolífico historiador cuando entró a la administración pública, como director de la Biblioteca Municipal. Publicó biografías y monografías sobre temas locales, especialmente de historia institucional. Entre sus títulos destacan: *Biografía del Gral. Don Juan Illingworth*,¹³ *Historia de la prensa de Guayaquil*¹⁴ y *Urvina el presidente*.¹⁵ También escribió sobre el proceso independentista, realizando la primera sistematización sobre la independencia de Guayaquil: *Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-22*,¹⁶ a la vez que reflexionó sobre los movimientos fidelistas y autonomistas, en *Controversia histórica sobre la iniciativa de la independencia americana*.¹⁷

El legado de Destruge fue decisivo para configurar un proyecto de investigación histórica como lo planteó el CIH, en 1930. Jorge Pérez Concha apunta que su actividad profesional fue decisiva para el impulso de la investigación histórica en la ciudad, la que, “realizada en forma tesonera, no habría de terminar hasta el fin de su existencia”.¹⁸ Su ascendiente positivista viabilizó una línea de trabajo basada en la crítica externa e interna de las fuentes, según lo estipulaba el oficio de historiador, que entonces consistía en “DEDUCIR, estudiando los antecedentes de los acontecimientos, analizando los documentos hasta penetrar en la más escondida intención de la frase; examinando los

13. Camilo Destruge, *Biografía del Gral. Don Juan Illingworth*, Guayaquil, Uzcátegui & Co., 1913.

14. Camilo Destruge, *Historia de la prensa de Guayaquil*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982.

15. Camilo Destruge, *Urvina el presidente. Biografía del general José María Urvina*, Quito, Ediciones del Banco Central del Ecuador, 1992.

16. Camilo Destruge (D'Amecourt), *Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-1822*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana de Borrás, Mestres y Cía., 1920.

17. Camilo Destruge, *Controversia histórica sobre la iniciativa de la Independencia Americana*, Guayaquil, Librería e Imprenta Gutenberg de Uzcátegui & Cía., 1909.

18. Jorge Pérez Concha, “Camilo Destruge, Gabriel Pino Roca, Modesto Chávez Franco, etc.”, en *La Colonia y la República. Historiadores y críticos literarios*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, J. M. Cajica Jr. S.A., 1960, p. 512.

menores detalles y fijando la atención en las inmediatas consecuencias”.¹⁹

La siguiente generación “heredó” de Camilo Destruge el método positivista y la visión de la historia, consistente en hallar “verdades” extraídas de las fuentes, dado que, según él, “los documentos auténticos son las grandes pruebas para la confirmación de una tesis histórica cualquiera”.²⁰

Entre 1920 y 1930, localizamos la existencia de dos tipos de intelectuales en Guayaquil distanciados por razones ideológicas, quienes movilizarán el pensamiento cultural del puerto: los liberales modernizantes, donde destaca el papel de publicistas y fotógrafos proclives al imaginario de “ciudad moderna” que se construye en las guías, álbumes y almanaques publicados por instituciones de Guayaquil como el municipio, la Sociedad Filantrópica del Guayas, etc., y un grupo de artistas, historiadores, cronistas y folcloristas que recurrirán al tópico literario de la Arcadia perdida (*et in Arcadia ego*), mediante la representación nostálgica del “Guayaquil colonial” como tradición inventada y estrategia simbólica de recuperación del ancestro español, a través del “criollismo”.

A esta última vertiente de tradicionistas pertenece el artista español José María Roura Oxandaberro, quien publicó una serie de plumillas bajo el título de *Del Guayaquil romántico* (1927), así como las exposiciones de “arte vernacular” que organizó la Sociedad de Amigos del Arte. También están Modesto Chávez Franco con su libro *Crónicas del Guayaquil antiguo*²¹ y Gabriel Pino Roca con *Leyendas, tradiciones y páginas de historia de Guayaquil*,²² ambos publicados originalmente en 1930. Estos títulos promueven un imaginario visiblemente *pasadista* que se inscribe en el horizonte ideológico de la “guayaquileñidad”, entendida como la versión ensalzadora de la historia y la identidad que realizan las élites –políticas y culturales–, acerca del papel de Guayaquil en la formación de la nación ecuatoriana.

Asimismo, sectores intelectuales y empresariales de Guayaquil reivindicaron el ancestro español, a través del criollismo y la recuperación de la “fiesta de la raza”, convirtiendo al *montubio* en el símbolo central de la identidad costeña. En 1926, el folclorista Rodrigo Chávez González (Rodrigo de Triana) consiguió el apoyo de la Federación de Ganaderos del Guayas para organizar la “Fiesta del Montubio”, celebración que coincidió con el aniversario del descubrimiento de América. En esos actos intervinieron campesinos de haciendas cercanas a Guayaquil, quienes realizaron “shows” exóticos para los

19. Camilo Destruge, *Controversia histórica...*, p. 9.

20. *Ídem*, p. 5.

21. Modesto Chávez Franco, *Crónicas del Guayaquil antiguo*, Guayaquil, Imprenta y Talleres Municipales, 1930.

22. J. Gabriel Pino Roca, *Leyendas, tradiciones y páginas de historia de Guayaquil*, Guayaquil, Imprenta La Reforma-Editorial Jouvín, 1930.

urbanos, como el reto, la doma y el caracoleo. Se celebró afirmativamente lo “costeño” frente al *otro* (“serrano”), en un triple sentido de contraste y distanciamiento: regional, étnico y cultural. Esta atmósfera cultural de referentes locales es avivada por un discurso regionalista que se exacerbó a partir de la Revolución Juliana, cuando los sectores agroexportadores del puerto se sintieron afectados por las medidas políticas y económicas de los gobiernos subsiguientes.

En la otra cara del caleidoscopio intelectual de Guayaquil están los científicos sociales, quienes a inicios del siglo XX se sienten cercanos al positivismo y empirismo lógico. Quizá el más brillante de ellos es Alfredo Espinosa Tamayo, médico, sociólogo, pedagogo e higienista guayaquileño, quien en *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*,²³ su obra fundamental, interpreta los entresijos de las identidades ecuatorianas.

Espinosa Tamayo se graduó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Guayaquil y ejerció allí como profesor. Su esclarecido humanismo le permitió abrirse a la sociología y la psicología social, con un pensamiento reflexivo precedido por la observación de la realidad, así como indagar en el problema de la educación.²⁴ Su magisterio universitario concitó interés entre los jóvenes estudiantes de Medicina y Jurisprudencia, carreras que ofrecía el alma máter porteña, a inicios del siglo pasado.

Algunos discípulos de Espinosa Tamayo crearon revistas científicas y literarias donde escribieron artículos sobre temas sociales. Estos jóvenes formados en el liberalismo laico publicaron, en 1912, la *Revista de la Asociación Escuela de Derecho* de la Universidad de Guayaquil, con el objetivo de que “tenga un carácter exclusivamente científico, a efecto de que venga a llenar siquiera sea modestamente, la gran laguna que en punto a esta clase de publicaciones se observa en el país”,²⁵ lo cual constituyó un hito en la formación de la academia guayaquileña dedicada al estudio de lo social. De hecho, la *Revista de la Asociación Escuela de Derecho (RAED)*, cuya periodicidad era mensual, no solo incluía disertaciones jurídicas, sino también estudios sociológicos. En la nómina de colaboradores destacaban figuras que con el tiempo demostrarían su cercanía a la filosofía, la sociología y la antropología.

Algunos de los mejores artículos hechos por los estudiantes, en este período, fueron: Carlos Puig Vilazar, “La federación como forma republicana de gobierno” (*RAED*, No. 4, 1913); Carlos Alberto Arroyo del Río, “Algo sobre

23. Alfredo Espinosa Tamayo, *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Guayaquil, Imprenta Municipal, 1918.

24. Alfredo Espinosa Tamayo, *El problema de la enseñanza en el Ecuador*, Quito, Imprenta y Encuadernación Nacionales, 1916.

25. “Introducción”, en *Revista de la Asociación Escuela de Derecho*, año I, No. 1, septiembre de 1912.

antropología criminal” (*RAED*, No. 5, 1913); Venancio S. Larrea, “El estudio de la Sociología” (*RAED*, No. 7, 1913) y Luis Nigón Ordóñez, “Una vida al través de una opinión: Coexistencia de los elementos filosófico e histórico en los Estados” (*RAED*, No. 23, 1918).

En 1919, por su parte, se empezó a publicar la *Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte*, que difundió ensayos y estudios de los profesores y “mejores alumnos” del plantel. Esta revista se desplazó del perfil positivista que mantuvo en los primeros años, cuando en la década del treinta y cuarenta, los destacados escritores del “Grupo de Guayaquil”, en calidad de profesores, publicaron relatos y ensayos literarios.

La aparición de estas revistas, así como de órganos escritos en círculos obreros, feministas y de todo tipo, tuvo que ver no solo con la constitución de esferas públicas, sino con la formación de campos autónomos donde estos ciudadanos actuaban como sujetos pensantes, bajo cierto perfil pedagógico orientado a incorporar a las masas a la modernidad y su proyecto civilizatorio.

EL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE GUAYAQUIL (1930-1962): CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA Y PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA

En 1930 se creó el Centro de Investigaciones Históricas (CIH), y con ello se conformó en Guayaquil una incipiente esfera de saber historiográfico, con una lógica propia de producción y circulación de ideas, a través de su correspondiente *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, que será el órgano de expresión de una generación empeñada en construir la memoria histórica del puerto principal.

El *Boletín* salía anualmente y en él colaboraban historiadores nacionales y extranjeros, que mantenían permanente comunicación con los editores. Su financiamiento corría a cargo de los miembros de número del CIH, quienes aportaban con una cuota monetaria, según lo estipulaba el reglamento.

Aspecto clave de esa salvaguarda de la memoria e historia local y nacional era la serie de conmemoraciones que el CIH estimulaba, como parte del interés en conformar un calendario patrio, a partir del recuerdo de sus “gestas”. Recordemos que la representación de la historia oficial está relacionada con el poder hegemónico, pues responde al interés de homogeneizar y uniformizar la memoria colectiva.

En los actos públicos del CIH predominó la ritualidad, ligada a la exteriorización de los símbolos de la nación, desde la sesión inicial, el 9 de julio de 1930, cuando se eligió el Palacio Municipal como la sede del evento inaugu-

ral. Allí, bajo el auspicio de las autoridades locales y del “Honorable Cuerpo Consular”, los señores Carlos Matamoros Jara, Virgilio Drouet, Alejandro Ganguetena Carbo, César Villavicencio Enríquez, Gustavo Monroy Garaicoa, Juan Antonio Alminate, Manuel Antonio Jurado Rumbea y Jaime Tomás de Verdaguier García, “por iniciativa del señor Gustavo Monroy Garaicoa, procedieron a la instalación de un centro al que se acordó denominar “de Investigaciones Históricas”, destinado, como su nombre lo indica, a la obtención de documentos de carácter histórico, para coadyuvar de este modo a la formación más tarde de los Archivos Nacionales”.²⁶

La razón principal para crear el CIH fue la inexistencia de un archivo histórico en la ciudad de Guayaquil que atesorara los documentos del pasado. Según la mentalidad de los investigadores de la época, el documento histórico era el depositario de “la verdad” y como tal, debía ser cuidadosamente resguardado en un espacio adecuado, “guardándolo allí como testimonio irrecusable y en depósito sagrado, a fin de que luzca cada vez que la necesidad del debate lo requiera en fuerza de autoridad para la fe pública”.²⁷ Es decir, el documento servía como “prueba”, a la hora de confrontar la *verdad*, pues se creía que el saber histórico se construía en base a la descripción y explicación que emanaba de los propios documentos.

Detrás de esa concepción totalizadora del valor inherente a todo documento histórico, reflató el ideal positivista de cientificidad, apoyado en el empirismo como horizonte cognoscitivo, con una metodología basada en el análisis de la autenticidad o veracidad de las fuentes documentales (primarias y secundarias), procedimiento que acusaba una especie de asepsia intelectual, pues, a mayor distanciamiento del historiador, mayor rigurosidad en el método científico y menor riesgo a ser “contaminado” por la “subjetividad” de las fuentes consultadas.²⁸

Esta idea dominante en el medio académico latinoamericano de los años treinta, fue el paraguas ideológico bajo el cual se cobijaron los historiadores ecuatorianos, al pretender hacer una historia “verdadera” sobre los hechos del pasado. Todavía en 1956, un miembro ilustre de la Academia Nacional de Historia argumentaba que la historia debía fabricar “un conocimiento que pusiera a contribución muchas experiencias, para llegar a la exactitud de los asertos”.²⁹

26. “Acta inicial”, en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas* (en adelante *Boletín del CIH*), No. 1, 1930-1931, p. 2.

27. *Ídem*, p. 2.

28. **Sonia Corcuera de Mancera**, *Voces y silencios en la historia: siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1997, p. 144.

29. **Isaac J. Barrera**, *Historiografía del Ecuador*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956, p. 81.

De igual modo, el CIH contempló en su reglamento que el objeto de su creación era el cultivo de la historia “para el fiel esclarecimiento de los sucesos”.³⁰ Esto implicaba que sus miembros, investidos con la autoridad de “especialistas”, debían realizar trabajos de investigación destinados a llenar los vacíos existentes en la historia local y nacional, convirtiéndose así, en los árbitros del saber historiográfico.

Inmediatamente después de la creación del Centro, sus integrantes se repartieron las tareas académicas, estableciendo cinco “secciones”, según los períodos en los que, según ellos, se dividía la historia del Ecuador: Prehistoria, Descubrimiento y Conquista, Época colonial, Guerra de la Independencia y República. En el artículo 32 del “Reglamento”, se lee: “La segunda sección se dedicará a esclarecer y completar la historia del Descubrimiento y la Conquista”;³¹ es decir, se destaca la primacía de una historia oficial que debe ser escrita desde la erudición de un cuerpo colegiado, cuyos miembros asumen la labor “patriótica” de elaborar un *canon historiográfico*, entendido como una “narración de los acontecimientos históricos comúnmente aceptada por la “opinión pública” y en el espacio público”.³²

El historiador de los años treinta es, por lo tanto, una especie de publicista de la memoria que cultiva un saber erudito destinado a cumplir una “función social” consistente en reconstruir y preservar la memoria histórica y social de una comunidad. De este modo, el saber especializado que el historiador construye: “la Historia”, tiene la finalidad pública de servir como catalizador de identidades locales, regionales y nacionales.

En este sentido, el papel de asociaciones de historiadores como la Academia Nacional de Historia y el CIH es estratégico en la conformación de una genealogía de la nación ecuatoriana, cuyo imaginario se asienta en el mito de sus orígenes “heroicos”, así como en los símbolos y relatos destinados a engrandecer un pasado, del cual sus herederos puedan sentirse orgullosos.

Vistas así las cosas, el trabajo y discurso de estos historiadores no era aséptico ni neutral –como podría pensarse, en relación al método positivista–, sino que respondía a un sistema de poder diseñado para crear dispositivos normativizados, que en el caso de los intelectuales, se remitía a “producir discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima, que no era otra cosa que la de los mismos letrados”.³³

30. “Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas”, en *Boletín del CIH*, I: 1, 1930-1931, p. 122.

31. *Ídem*, p. 126.

32. Raimundo Viejo Viñas, “Historia del Mún Contemporani”, en [<http://dcpis.upf.edu/~raimundo-viejo/docencia/hmc/HMC0.pdf>].

33. Carlos Altamirano, “Introducción general”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina*. I, p. 18.

En el mencionado “Reglamento” del CIH se establecen tópicos de interés que sobre la historia nacional tenían estos historiadores. Así, en lo correspondiente a la época colonial se privilegiaba “la vida de todos los personajes notables de la Colonia y muy especialmente de los que pertenecieron al antiguo corregimiento y después Provincia de Guayaquil”. También se decía que la sección se encargaría de estudiar:

Las fundaciones monásticas y todo lo demás relacionado con el gobierno eclesiástico del Obispado de Guayaquil; lo mismo que los escudos y privilegios de las ciudades y poblaciones, los usos y costumbres, la organización de la sociedad, con todo lo relativo a ella, el régimen de los Indígenas, la introducción de los esclavos, las invasiones piráticas, la agricultura, el comercio y las industrias; la historia de las escuelas, colegios, universidades, imprentas, ciencias, letras y bellas artes.

En este sentido, la historia tradicional “se apoya sobre una organización jerárquica de fuentes y de referencias, plan que es reflejo de las relaciones de poder”,³⁴ pues resalta el semblante mercantil de Guayaquil, destacando la labor de sus “personajes notables” –léase élites económicas– y de las instituciones que ellas crearon.

De lo anteriormente citado, notamos que los historiadores del CIH establecen claramente un límite simbólico con relación a sus congéneres de Quito, pues ponen énfasis en el ámbito geográfico de la antigua provincia de Guayaquil, es decir, un territorio político-administrativo que se extendía desde el norte de Manabí hasta la actual provincia de El Oro. Equivale, por lo tanto, a prácticamente toda la región Litoral, destinada, según esta lógica, a ser “naturalmente” historiada por los académicos guayaquileños.

Por otra parte, se definen los ámbitos de especialización como son: la historia institucional, la historia política y la historia económica. En la primera, se incluye el recuento de las creaciones modernas, producto del ideal de progreso y civilización acariciado por las élites: el comercio, la industria, la ciencia, las letras y las artes. Al mismo tiempo, se destaca el papel del clero como institución relacionada con el establecimiento del sistema colonial español.

El proyectado estudio de los “personajes notables” revela la inclinación biográfica de la escuela positivista, reforzada por la historia “de los escudos y privilegios de las ciudades y poblaciones”, según la idea del devenir ascendente de las sociedades, ya que es importante para estos investigadores documentar el origen de las colectividades, generalmente asociado a una estirpe o casa solariega, cuyos títulos nobiliarios hay que relieves.

34. Marc Ferro, *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*, México, Siglo XXI Editores, 2003, p. 96.

Se observa en esta intención un sesgo de tipo aristocrático que se traduce en los estudios genealógicos que realizan algunos de los miembros del CIH: Gustavo Monroy Garaicoa, Pedro Robles Chambers, Alejandro Gango-tena Carbo, ligados a antiguas familias del puerto cuyos linajes son referidos, como los Santistevan, Robles, Caamaño, Morán de Butrón, Novoa, Garaicoa, Rocafuerte, Coello de Portugal, etc.

De esta forma, se configura un canon historiográfico restrictivo y totalizante, que reduce la historia de Guayaquil y su región a unos pocos aspectos considerados “importantes” y dignos de ser incorporados en el relato historiográfico. Así, el canon se convierte “en un sistema de referencia unidimensional que no privilegia la heterogeneidad y la incertidumbre, sino la uniformidad y la certeza”.³⁵ Dicha certeza se fundamenta en la “legítima” autoridad de los expertos provenientes de las academias, centros y círculos intelectuales.

La primera labor que realiza el CIH es, precisamente, una investigación para determinar el punto de partida de la historiografía en el Ecuador, con la siguiente inquietud: “a qué obra nacional le corresponde la primacía de la antigüedad, siempre y cuando esta obra haya sido impresa aquí o en el exterior [...], y que el autor sea nacido forzosamente en el territorio que hoy forma la República del Ecuador”.³⁶ Inmediatamente, los miembros del CIH se dedican a escudriñar las bibliotecas y archivos del país, en busca del libro o documento que pudiera responder satisfactoriamente a tan farragosa pregunta.

Cartas, misivas y notas de los miembros de número, correspondientes y otros académicos llegaron al escritorio de Gustavo Monroy Garaicoa, secretario del CIH. Finalmente, se reunieron en sesión solemne para “deliberar” quién tenía la razón, es decir, quién establecía la “verdad” de los hechos. El clérigo guayaquileño Jacinto Morán de Butrón salió favorecido con su obra *La Azucena de Quito*, sobre la vida de Marianita de Jesús, publicada en Lima, en el año de 1702. La resolución se efectuó luego de una votación “democrática”, pues se recogieron las opiniones de doce historiadores nacionales. Se partió de la premisa de la igualdad de conocimientos y autoridad historiográfica de los participantes.

Encontramos en este acto público de disquisición histórica, el simbólico reconocimiento a la función del historiador en las sociedades latinoamericanas de inicios del siglo pasado, más allá de su erudición y saber especializado, ejerciendo “su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la confirmación de ideologías públicas”.³⁷

35. Andrés Octavio Torres Guerrero, “Canon y raíz”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, 2005, en [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/canraiz.html>].

36. “El iniciador de la historia patria”, en *Boletín del CIH*, I: 1, 1931, p. 7.

37. Ángel Rama, citado por Carlos Altamirano, “Introducción general”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina*. I, p. 19.

Esos modelos culturales provienen de un discurso construido en torno a valores individuales y colectivos que reproducen poder y estatus simbólico. Este es el papel y lugar social que cumplen los historiadores del CIH, en una sociedad que los concibe como voces autorizadas de la “conciencia nacional”; por ende, les permite intervenir en la esfera pública, a través de “instituciones, círculos, revistas, movimientos, que tienen su arena en el campo de la cultura”, al mismo tiempo que producen enunciados que “resuenan más allá del ámbito de la vida intelectual, en la arena política”.³⁸

Los historiadores guayaquileños de los años treinta son, por su formación y roles socialmente asignados, voceros ideológicos del *establishment*, en tanto reproducen los valores fijados en la trama social. Uno de ellos es el papel de las élites en la formación histórica de las sociedades, a partir del tópico generador de la independencia o “punto de constante retorno”, en palabras de Germán Colmenares,³⁹ al que siempre se vuelve como lugar de enunciación privilegiado para enarbolar el mito fundador de la nación.

Esta veta de investigación será importante en la obra de los historiadores del CIH, tanto en el *Boletín* como en sus obras individuales: “Hojas militares de los próceres” (transcripción documental); “La Gloriosa”, de Gustavo Monroy Garaicoa; “Bolívar, el Libertador y la oración de Choquehuanca” y “El General Francisco de Miranda”, de Carlos Matamoros Jara; “Centenario de la muerte del Libertador” (varios autores), son algunos de los textos publicados en el primer número del *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas* (1931) que demuestran la enorme producción que el período independentista ha inspirado en nuestra historiografía. Asimismo, autores vinculados al CIH como Abel Romeo Castillo y Jorge Pérez Concha escribirán libros sobre temas relacionados con la Independencia, como *Olmedo, el político*,⁴⁰ *La imprenta de Guayaquil independiente*⁴¹ y *La independencia de Guayaquil. 9 de octubre de 1820*,⁴² del primero; y ensayos como “Breves consideraciones acerca de los orígenes de la emancipación política del

38. Carlos Altamirano, “Introducción general”, en *ídem*, pp. 14-15.

39. Germán Colmenares, citado por Guillermo Bustos Lozano, “El Bicentenario: legados y nuevas perspectivas”, en Guillermo Bustos Lozano, edit., *La Revolución de Quito, 1809-1812*, Quito, Corporación Editora Nacional/El Comercio/Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2009, p. 4.

40. Abel Romeo Castillo, *Olmedo, el político*, Guayaquil, Publicaciones de la Universidad de Guayaquil, 1946.

41. Abel Romeo Castillo, *La imprenta de Guayaquil independiente, 1821-1822*, Guayaquil, s.e., 1956.

42. Abel Romeo Castillo, *La independencia de Guayaquil. 9 de octubre de 1820*, Guayaquil, Banco Central del Ecuador, 1983.

Ecuador” y “La Fragua de Vulcano (la semana de la conspiración)”,⁴³ del segundo.

Otro período bastante estudiado por los miembros del CIH es el colonial. Desde genealogías de conquistadores españoles hasta cedularios de las antiguas parroquias eclesiásticas de la Costa, pasando por los “Guayaquileños notables del Coloniaje”,⁴⁴ la historia de la época colonial se desplegó en el *Boletín* con el mismo apasionamiento por los orígenes, en la búsqueda de títulos y prosapias. De hecho, tema recurrente en los artículos publicados en el *Boletín*, es el de los blasones de las ciudades de Guayaquil, Vinces y otras poblaciones de la Costa: “Cómo premió a Guayaquil el Rey por su fidelidad”,⁴⁵ y “Un linaje Vasco da origen al nombre del actual cantón de Vinces”, de Pedro Robles Chambers,⁴⁶ son ejemplos de ello.

En los números correspondientes al año de 1952, se publica un estudio del genealogista Pedro Robles Chambers sobre el escudo colonial de Guayaquil.⁴⁷ En el transcurso de su operación historiográfica, Robles recurre al método deductivo para, ante la ausencia de suficiente información, comparar relaciones geográficas con volúmenes de heráldica española y así determinar las características del escudo. Lo interesante del caso es que el CIH eleva al Alcalde de Guayaquil una carta donde, ponderando el resultado de sus investigaciones, recomienda que la propuesta de Robles sea oficialmente aceptada.

El reconocimiento definitivo del emblema colonial de la ciudad es motivo de trascendencia pública y demuestra el lugar social que tienen los historiadores guayaquileños a mediados del siglo XX. A los historiadores les corresponde fortalecer la identidad local con la divulgación de sus investigaciones destinadas a precautelar la memoria de los pueblos. De hecho, para los miembros del CIH, identificar el “verdadero y definitivo” escudo de Guayaquil es una cuestión “de honor”, tal como lo señala su director, Carlos A. Rolando, en comunicación dirigida al burgomaestre: “Dada la trascendencia de este acontecimiento que para la vida de la Ciudad lleva implícito, pues atañe a su historial de honor, estimamos que el Municipio acordará prontamente una

43. Ensayos incluidos en Jorge Pérez Concha, *Escritos históricos*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1990.

44. Gustavo Monroy Garaicoa, “Guayaquileños notables del coloniaje”, en *Boletín del CIH*, II: 2, 1932, pp. 45-48; y III: 3, 1933, pp. 128-147.

45. “Cómo premió a Guayaquil el Rey por su fidelidad”, en *Boletín del CIH*, II: 2, 1932, pp. 78-82.

46. Pedro Robles Chambers, “Un linaje Vasco da origen al nombre del actual cantón de Vinces”, en *Boletín del CIH*, X: 23-24, 1955, pp. 30-54.

47. Pedro Robles Chambers, “Estudio sobre el origen del Escudo de Armas Colonial de la Ciudad de Santiago de Guayaquil”, en *Boletín del CIH*, IX: 9-10, 1952, pp. 108-138.

resolución compatible con el prestigio y lustre que merece Guayaquil”.⁴⁸

Frecuentes alusiones al pasado colonial de Guayaquil y su relación con la “madre Patria”, según palabras de los historiadores del CIH, permiten apreciar el sentimiento hispanófilo que prevalecía en el medio académico. En las décadas de los años veinte y treinta se difundió en América Latina una visión favorable de España, refrendada por escritores y pensadores, quienes destacaron su aporte en la configuración de la sociedad y cultura latinoamericanas. Surgió, entonces, un discurso *hispanista* que promovió la conciencia de un nexo espiritual entre España y América Latina, en el contexto de un “movimiento cultural fundado en el elogio a la identidad hispana”,⁴⁹ según el cual, las obras de la civilización ibérica se estimaron superiores a las de las culturas amerindias.

En cuanto al tema indígena, este únicamente apareció en las transcripciones de las crónicas de Indias y de manera “abstracta” cuando se habló de la sección “Prehistoria”, que según el CIH, debía realizar “investigaciones de Antropología, Lingüística, Etnografía y Filología Comparada”.⁵⁰ El objetivo principal de esta área de trabajo consistía en reunir “objetos pertenecientes a las tribus aborígenes” y “hacer excavaciones en las sepulturas o enterramientos anteriores al descubrimiento de América por los españoles, formando la colección de cráneos de aborígenes correspondientes a esta clase de trabajos”.⁵¹

Este listado de prioridades de investigación sobre el período “prehistórico”, o sea, prehispánico o anterior a la llegada de los españoles, nos revela, primero, la existencia de una visión eurocéntrica de la historia que empieza con los españoles y el arribo de las huestes de Colón. En segundo lugar, las políticas de la memoria propuestas por el CIH denotan procesos de archi-vismo y museificación cuando se prioriza el acopio de piezas arqueológicas y cráneos humanos, en la idea de atesorar las huellas del pasado aborígen, más que analizar la información para comprender la dinámica de esas sociedades.

La idea de museificación de la memoria responde a una visión estática y objetivista –de matriz ideológica positivista– de la historia, que consiste en “la autoobservación objetiva del pasado aunque fuese de manera indirecta y fragmentaria”,⁵² como resultado de la máxima rankeana de exponer los

48. “Intervención oficial del Centro”, en *Boletín del CIH*, IX: 21-22, 1952, p. 135.

49. Ernesto Capello, “Hispanismo casero: la invención del Quito hispano”, en *Procesos: revista ecuatoriana de Historia*, No. 20, II semestre 2003-I semestre 2004, p. 73.

50. “Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas”, p. 125.

51. *Ídem*, p. 126.

52. Luis Gerardo Morales Moreno, “Museológicas. Problemas y vertientes de la investigación en México”, en *Relaciones*, No. 111: XXVIII, verano 2007, p. 33.

hechos como realmente existieron. En este sentido, el interés por recolectar utensilios del pasado “prehistórico” es, para los miembros del CIH, prueba de la “cientificidad” de un método positivo que permitirá “esclarecer y completar”⁵³ la casi desconocida historia precolombina.

Pero, al contrario de lo que podría pensarse, escasos fueron los artículos y ensayos de tema arqueológico y etnográfico que se publicaron en el *Boletín*, pues se recurrió a las narraciones de los cronistas de Indias, como Francisco de Jerez, Miguel de Estete y otros, quienes aportaron destacada información sobre los cacicazgos del Litoral ecuatoriano.⁵⁴ Gustavo Lemos R. realizó una importante contribución, desde la lingüística, sobre el origen de las lenguas prehispánicas, en un trabajo que le valió su ingreso al CIH.⁵⁵ El aporte a la construcción de un imaginario indiano se enfocó en el aniversario de la muerte del inca Atahualpa, cuyo uso político en el contexto de las conmemoraciones será posteriormente analizado.

Respecto al período republicano, el *Boletín* del CIH publicó escasos artículos y estudios –en comparación con los del período colonial–, la mayoría pertenecientes al género biográfico, sobre los presidentes Vicente Rocafuerte,⁵⁶ Gabriel García Moreno,⁵⁷ Ignacio de Veintemilla⁵⁸ y Eloy Alfaro.⁵⁹ También se repasó la personalidad del líder conservador decimonónico Vicente Piedrahita,⁶⁰ así como los sucesos que condujeron a la crisis política de 1859-1861,⁶¹ que significó la virtual fragmentación del Estado unitario ecuatoriano.

53. “Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas”, p. 126.

54. Alfonso A. Jerves, “El Litoral ecuatoriano”, en *Boletín del CIH*, II: 2, 1932.

55. “Discurso de incorporación del Sr. Dn. Gustavo Lemos R.”, en *ídem*.

56. Efraín Camacho Santos, “Don Vicente Rocafuerte”, en *Boletín del CIH*, IV: 4-5-6, 1936, pp. 10-63, y “Dn. Vicente Rocafuerte”, en *ídem*, VII: 12-13-14-15-16-17, 1947, pp. 343-371.

57. Ismael Pérez Pazmiño, “Una carta histórica de García Moreno”, en *ídem*, IV: 4-5-6, 1936, pp. 126-129.

58. M. A. Jurado Rumba, “El Capitán General Ignacio de Veintemilla”, en *ídem*, I: 1, 1931, pp. 49-50; Jorge Pérez Concha, “Veintemilla”, en *ídem*, VIII: 18-19-20, 1950, pp. 74-96.

59. En el *Boletín del CIH*, XI: 26-27-28, 1958, se inserta una amplia crónica sobre las obras públicas de los gobiernos alfaristas y una extensa bibliografía sobre el caudillo liberal, cuya autoría es de Carlos A. Rolando.

60. Alfonso A. Jerves, “El doctor Piedrahita”, en *Boletín del CIH*, VI: 8-9-10-11, 1941, pp. 134-154; Julio Pimentel Carbo, “El Gobernador del Guayas de 1862-64”, en *ídem*, VII: 12-13-14-15-16-17, 1947, pp. 51-90.

61. Jorge Pérez Concha, “El Tratado de Mapasingue. Un período trágico de la Historia Ecuatoriana”, en *Boletín del CIH*, IX: 21-22, 1952.

EL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA LOCAL

El historiador francés Pierre Nora dice que la memoria es “la economía general del pasado en el presente”,⁶² es decir, la presencia del pasado se convierte en una aspiración del presente. En la relación pasado-presente afloran las memorias, cuya distintas versiones configuran ideas y representaciones de tiempos históricos y/o míticos que se transmiten mediante rituales públicos y recordatorios que fortalecen sentidos de cohesión e identificación grupal. Esos rituales son las conmemoraciones, entendidas como las celebraciones de los hechos del pasado que son dignos de ser recordados, de modo que existen “economías de la memoria”, no exentas de “políticas de la memoria” que las engloban dentro de un horizonte ideológico, político y cultural.

A la hora de detectar las aspiraciones y utopías sociales, también debemos leer los proyectos y visiones particulares que tienen las sociedades humanas sobre el pasado. Por ello, resulta importante reparar en la construcción de imaginarios basados en la idea de conmemorar o recordar las “gestas” comunitarias.

En el caso del CIH, se estableció desde el inicio que uno de sus objetivos era trabajar en la línea de la divulgación histórica.⁶³ Ello implicaba estudiar los acontecimientos “más destacados” de la historia, entre los que se encontraban aquellos que pudieran ser recordados en la memoria colectiva. Por ello, casi todos sus actos públicos estuvieron relacionados con celebraciones y recordatorios de eventos históricos considerados relevantes para la sociedad guayaquileña de los años treinta, cuarenta y cincuenta.

Como adecuadamente expresa Tzvetan Todorov, la memoria, “como tal, es forzosamente una selección: algunos rasgos del suceso serán conservados, otros inmediata o progresivamente marginados, y luego olvidados”.⁶⁴ Pero, ¿qué acontecimientos privilegiaron los historiadores del CIH y fueron incorporados al canon de las celebraciones patrióticas?

Para responder a esta pregunta nos proponemos, primero, hacer un listado de las conmemoraciones y aniversarios celebrados por el CIH, entre 1930 y 1954: centenario de la creación de la república (1930);⁶⁵ centenario de la

62. Pierre Nora, citado por Jean Pierre Rioux, “La memoria colectiva”, en *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales*, en [www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Rioux.pdf], p. 9.

63. “Estatutos del Centro de Investigaciones Históricas”, en *Boletín del CIH*, I: 1, 1931, p. 119.

64. Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 16.

65. *Boletín del CIH*, I: 1, pp. 3-6.

muerte del Libertador Simón Bolívar (1930);⁶⁶ centenario de la toma de posesión ecuatoriana en las islas Galápagos (1932);⁶⁷ centenario del nacimiento del poeta Numa Pompilio Llona (1932);⁶⁸ centenario del nacimiento de Juan Montalvo (1932);⁶⁹ centenario del nacimiento de Juan León Mera (1932);⁷⁰ cuarto centenario de la muerte del inca quiteño Atahualpa (1933);⁷¹ bicentenario del arribo de la Comisión Geodésica Francesa (1936);⁷² cuarto centenario de la fundación española de Guayaquil (1937);⁷³ centenario del nacimiento del investigador Francisco Campos (1941);⁷⁴ centenario del nacimiento de Federico González Suárez (1950);⁷⁵ centenario del nacimiento de José Toribio Medina (1952)⁷⁶ y centenario del nacimiento del Hermano Miguel (1954).⁷⁷

Esta selección apunta a que los historiadores del CIH privilegiaron las conmemoraciones de personajes de la historia, especialmente gobernantes, políticos, escritores e historiadores; es decir, personajes de las élites políticas y culturales, todos varones, quienes representaron el saber letrado y la tradición, como parte de lo que Pierre Bourdieu llama el *capital cultural* “como factor de excelencia social”.⁷⁸

Conviene aquí detenernos en la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Atahualpa para entender cómo, en medio de un panteón de héroes blancos, sobresale el recuerdo del último Inca y de qué forma se liga a una particular concepción del poder, en relación al proyecto de Estado nación.

Habíamos dicho que en las representaciones étnicas del pasado que hizo el CIH predominó la frecuente alusión al legado hispánico, debido a un contexto histórico favorable a la reivindicación de la “madre patria” como “la entidad que se encargó de [...] civilizar y cristianizar a unas dispersas y fragmentadas naciones indígenas”.⁷⁹

66. *Ídem*, pp. 54-90.

67. *Ídem*, II: 2, 1932, pp. 102-145.

68. *Ídem*, pp. 146-158.

69. *Ídem*, pp. 159-177.

70. *Ídem*, pp. 177-208.

71. *Ídem*, III: 3, 1933, pp. 1-15.

72. *Ídem*, IV: 4-5-6, 1936, pp. 200-233.

73. *Ídem*, V: 7, 1937, pp. 3-48.

74. *Ídem*, VI: 8-9-10-11, 1941, pp. 93-99.

75. *Ídem*, VIII: 18-19-20, 1950, pp. 194-225.

76. *Ídem*, IX: 21-22, 1952, pp. 189-194.

77. *Ídem*, X: 13-14, 1955, pp. 111-123.

78. Pierre Bourdieu, citado por Carlos Altamirano, “Introducción general”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina*. I, p. 19.

79. Aimer Granados, “Hispanismos, nación y proyectos culturales, Colombia y México: 1866-1921. Un estudio de historia comparada”, en *Memoria & Sociedad*, vol. 9: 19, julio-diciembre de 2005, p. 6.

Se advierte una relación de continuidad desde la memoria social atribuida al pasado prehispánico y colonial, entre el indio “aristocrático” o “noble” encarnado en Atahualpa y el colonizador español, de modo que la tradicional visión de los “vencidos” se trueca en un discurso de exaltación a los resplandores del incario “para demostrar una supuesta continuidad histórica y para legitimar los orígenes de todos los ecuatorianos”.⁸⁰

En el *Boletín* del CIH, de 1933, se destaca la talla “grandiosa, con relieves característicos y perdurabilidad histórica, la de este infortunado hijo de Huaina-Cápac, aquel otro poderoso soberano del Tahuantinsuyo, nacido también, por suerte, en territorio ecuatoriano”.⁸¹ El origen quiteño de Atahualpa le confiere un lugar de privilegio en la genealogía de la nacionalidad ecuatoriana y esa imagen empieza a ser recurrente, incluso en los textos de primera y segunda enseñanza.⁸²

Interesa analizar cómo se construye la imagen de Atahualpa como un indio aristócrata y guerrero, convirtiéndolo en la figura prehispánica arquetípica del relato nacionalista, “usada por los blanco-mestizos en el Ecuador [...] para legitimar su poder sobre una población étnicamente dividida y en la constante búsqueda de una evasiva auto-identidad”.⁸³ Esto puede comprobarse en el objetivo de rememorar el asesinato “del más poderoso y gentil de los monarcas de la antigua América”, en manos de Francisco Pizarro, “el audaz y esforzado conquistador extremeño”.⁸⁴

Las anteriores frases se insertan en el marco del discurso hispanista, cuyos “aspectos centrales [...] estuvieron especialmente asociados con la memoria colectiva en torno al descubrimiento de América”.⁸⁵ Es más, se produce una inversión del sentido de la conquista, pues el líder de los conquistados (Atahualpa) pasa a ser un “conquistador”, en referencia a su condición “imperial”: “El Centro de Investigaciones Históricas cumple así con el grato deber de exaltar en la presente publicación la memoria del gran Guerrero y Conquistador, en testimonio de verdad y de justicia, con motivo del cuarto centenario de su desaparición eterna”.⁸⁶

80. Blanca Muratorio, “Nación, identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX”, en Blanca Muratorio, edit., *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, Quito, FLACSO, 1994, p. 130.

81. “Centenario de la muerte del Inca quiteño Atahualpa”, en *Boletín del CIH*, III: 3, 1933, p. 1.

82. Blanca Muratorio, “Introducción: Discursos y silencios sobre el indio en la conciencia nacional”, en Blanca Muratorio, edit., *Imágenes e imagineros*, p. 21.

83. *Ídem*, p. 9.

84. Blanca Muratorio, “Centenario de la muerte del Inca quiteño Atahualpa”, p. 1.

85. Aimer Granados, “Hispanismos, nación y proyectos culturales...”, pp. 7-8.

86. Blanca Muratorio, “Centenario de la muerte del Inca quiteño Atahualpa”, p. 1.

De esta forma, los miembros del CIH incluyen al indígena en el relato histórico oficial, según ellos, como testimonio “de verdad y de justicia”, a través de un espejo que, no obstante, afirma la identidad de los propios blanco-mestizos. Como dice la antropóloga Blanca Muratorio, “el Otro es aquí el Indio imaginado, no el Indio como sujeto histórico”,⁸⁷ lo que justifica su lugar en el panteón nacional y la exaltación heroica que sostiene el tópico de la *edad dorada*, cuyo sentido de continuidad histórica está refrendado en la conquista, con la presencia de los “probos españoles”⁸⁸ que vinieron “con ciencia y conciencia”⁸⁹ a ser continuadores de la gloria de las civilizaciones precolombinas.

En un dibujo publicado en el *Boletín*, de 1937, su desconocido autor representa el acto jurídico de fundar una ciudad, con un poste donde cuelga el acta que formaliza la ocupación territorial. Esa ciudad es Santiago de Guayaquil y el conquistador que encabeza el histórico acontecimiento es Francisco de Orellana, montado en un caballo y señalando con su espada el sitio preciso del asentamiento, al pie de un cerro y flanqueado por un río. En el primer plano de la imagen está una familia de nativos, quienes permanecen de hinojos junto a sus ofrendas, entre las que pueden observarse joyas, lanzas y vasijas. Los aborígenes observan pasivamente la escena, rendidos ante la fuerza de los españoles que muestran sus armaduras e instrumentos de combate.

Así se representa visualmente la fundación española de Guayaquil: como el encuentro de un victorioso ejército conquistador con una población rendida y entregada a su suerte. La imagen parece reforzar la conocida máxima de que “la historia la escriben los vencedores”, particularmente aquellos que logran asegurarse la hegemonía ideológica y cultural. Sería interesante cartografiar la visualidad generada en torno a la representación de la conquista española, por la coincidencia de ciertos elementos como el español en pose de jinete triunfante y los indígenas arrodillados que “con vasijas o recipientes a la mano, dirigen su mirada al conquistador en actitud de bienvenida”.⁹⁰

87. Blanca Muratorio, “Introducción: discursos y silencios sobre el indio en la conciencia nacional”, p. 9.

88. Efraín Camacho Santos, “La muerte del Inca y su influencia inmediata en la caída del Imperio”, en *Boletín del CIH*, III: 3, 1933, p. 14.

89. *Ídem*, p. 13.

90. Guillermo Bustos, “La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de fundación de Quito”, en Christian Büschges, Guillermo Bustos y Olaf Kaltmeier, comps., *Etnicidad y poder en los países andinos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Universidad de Bielefeld/Corporación Editora Nacional, 2007, p. 126.

Pocos estudios en el país abordan la temática del hispanismo, destacándose los de Guillermo Bustos,⁹¹ Ernesto Capello⁹² y, tangencialmente, Carmen Fernández-Salvador,⁹³ para el caso de Quito. Resulta interesante comprobar que esta veta aparece en Guayaquil, en torno al criollismo como corriente ideológica que se vislumbra en el trabajo de intelectuales de los años veinte y treinta, entre ellos, algunos miembros del CIH.

En su ensayo sobre los actos públicos del cuarto centenario de la fundación española de Quito, el historiador Guillermo Bustos analiza un óleo del pintor José Yépez, cuya fotografía salió publicada en diario *El Comercio*, en 1934. La imagen sigue prácticamente el mismo patrón de representación que el dibujo aparecido en el *Boletín* del CIH, a propósito del cuarto centenario de la fundación de Guayaquil. Esa coincidencia en la temática, composición y simbología escogidas nos sugiere que la visión predominante sobre la conquista española expulsa a los indios del relato fundacional de la nación y los subsume en el “devenir ‘inevitable’ de la fatalidad histórica”,⁹⁴ representándolos como un pueblo vencido, una colectividad sin pasado y subyugada en el atraso y la ignominia, desde un horizonte ideológico racista que sustancializó las diferencias.

En el discurso de conmemoración de la fundación de Guayaquil que publicó el CIH se afirma la idea de raigambre hispanista de que la historia de América empieza con la llegada de los españoles, en 1492,⁹⁵ cuando al repararse “los primeros pasos de su vida”, se enumeran los “azotes” que desde esa fecha sufrió la ciudad:

Primero es la lucha incansable de sus fundadores con la rebeldía de la naturaleza y la ferocidad indeclinable de los nativos: esos irreductibles huancavilcas; circunstancias que han dado paso a la tradición de tantas fundaciones como se le atribuyen, pues a cada rebelión truculenta de los aborígenes, sucedía un nuevo real o asiento que escogían los españoles [...]. Sufre luego el azote de la piratería armada que infestaba el Pacífico con asaltos y depredaciones sangrientas. Y por último, sucumbe una y otra vez bajo el horror de los incendios.⁹⁶

91. Guillermo Bustos, “El hispanismo en el Ecuador”, en María Elena Porras y Pedro Calvo Sotelo, coords., *Ecuador-España. Historia y perspectiva*, Quito, Embajada de España/Ministerio de Relaciones Exteriores de Ecuador, 2001; y “La hispanización de la memoria pública...”.

92. Ernesto Capello, “Hispanismo casero: la invención del Quito hispano”.

93. Carmen Fernández Salvador, “Historia del arte colonial quiteño. Un aporte historiográfico”, en Carmen Fernández-Salvador y Alfredo Costales Samaniego, *Arte colonial quiteño. Renovado enfoque y nuevos actores*, Quito, FONSA, 2007.

94. Guillermo Bustos, “La hispanización de la memoria pública...”, p. 123.

95. Aimer Granados, “Hispanismos, nación y proyectos culturales...”, p. 6.

96. “Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad”, en *Boletín del CIH*, V: 7, p. 3.

La visión negativa de los indígenas como sujetos “feroces” e “irreductibles” que organizan “rebeliones truculentas” coincide con la imagen de barbarie y salvajismo que construye el pensamiento criollo decimonónico, según el cual, los indios son relegados “al espacio salvaje o a la vigilancia clausrofóbica de las haciendas”.⁹⁷ Así, los miembros del CIH se hacen eco de un discurso criollo-oligárquico sobre el *otro*, para legitimar la tesis contraria, es decir, el carácter “progresista” de un Guayaquil representado como heredad española y patrimonio legítimo de los blanco-mestizos, ahora transformada “en una gran metrópoli que honra el progreso y la civilización del continente americano”.⁹⁸

Coincido con Bustos en que el hispanismo influyó “de manera decisiva en ámbitos de la cultura popular”,⁹⁹ es decir, trascendió los límites estrictos de la academia. Si en Quito esto puede observarse en las corridas de toros, cada 6 de diciembre, en Guayaquil y sus alrededores reflota en las celebraciones criollistas del 12 de octubre, cuando se organizan rodeos montubios y peleas de gallos, y se elige a la “criolla bonita” en los barrios populares de la urbe.

Nos inclinamos a pensar que la matriz ideológica que sustentó estas prácticas socioculturales ligadas al discurso hispanista, independientemente de la filiación política liberal de algunos de los historiadores del CIH, apunta a una vinculación, en términos de un “progresismo tradicionalista”, tal como Jorge Orlando Melo definió a la sociedad medellinense, prácticamente en el mismo período aquí estudiado.¹⁰⁰

Ello implica que habría que puntualizar la concepción de historiadores como Enrique Ayala,¹⁰¹ Carlos Landázuri¹⁰² y Jorge Núñez,¹⁰³ sobre la existencia de una historiografía liberal preponderante en Guayaquil durante el siglo XX.

Enrique Ayala acierta en caracterizar el grueso de la historiografía guayaquileña como “biográfica y monográfica”,¹⁰⁴ centrada en el recuento institucional. Al mismo tiempo, presenta a los historiadores porteños del siglo XX como “liberales”, sin profundizar en esta afirmación. Destaca, particularmen-

97. Blanca Muratorio, *Imágenes e imagineros*, p. 14.

98. “Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad”, p. 3.

99. Guillermo Bustos, “La hispanización de la memoria pública...”, p. 119.

100. Jorge Orlando Melo, “Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización”, en Jesús Martín Barbero y Fabio López de la Roche, eds., *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998, pp. 234-235.

101. Enrique Ayala Mora, edit., *La historia del Ecuador: ensayos de interpretación*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1985.

102. Carlos Landázuri Camacho, “La historiografía ecuatoriana”, en *Quitumbe*, No. 6, mayo de 1987.

103. Jorge Núñez, comp., *Historia. Antología*, Quito, FLACSO-ILDIS, 2000.

104. Enrique Ayala Mora, *La historia del Ecuador...*, pp. 30-31.

te, la obra de Camilo Destruge, Modesto Chávez Franco, Carlos A. Rolando, Abel Romeo Castillo y Julio Estrada Ycaza.

Carlos Landázuri, por su parte, sostiene que la marca de “lo regional” que caracteriza el trabajo de algunos historiadores de Cuenca y Guayaquil, los une “por razones obvias”.¹⁰⁵ No explica las razones de tal afinidad, la cual, planteada de esta forma, parece “natural”. Sin embargo, observa que los historiadores de ambas ciudades se encuentran “afiliados o no” a todas las tendencias políticas: liberal, conservadora y “de izquierda”. Finalmente, reconoce el carácter fundacional del *Boletín* del CIH, en Guayaquil.

Jorge Núñez, en el texto introductorio a un libro “antológico” sobre estudios históricos relacionados con Ecuador, nombra, al paso, autores de las provincias de Guayas, Loja, Imbabura, El Oro y Esmeraldas, aunque también constan en el listado, historiadores de la capital. Al parecer, lo que él denomina “la historia regional”¹⁰⁶ es el resultado del trabajo de historiadores *de provincia*.

Si bien son reflexiones válidas para entrever una producción historiográfica que, efectivamente, fue significativa en el siglo XX, estos trabajos no son exclusivos de las “provincias”, sino de todas las ciudades y localidades del país, incluido Quito.

Por otra parte, habría que pensar en la existencia de núcleos académicos como el CIH, influidos por ideologías conservadoras, en un momento en que la “vieja” lucha política entre clericales y anticlericales, prácticamente había desaparecido. Ciertamente, estos historiadores guayaquileños son liberales de formación, pero ideológicamente se mueven en una matriz tradicionalista que reivindica el mestizaje desde la valoración del legado cultural español.

Sostengo que los historiadores del CIH, en Guayaquil, contribuyeron a la formación de un saber histórico que fundó y elaboró una historiografía oficial de inspiración positivista en la visión y concepción de la historia, lo que les acercó al pensamiento liberal modernizante, pero al mismo tiempo, se sintieron identificados con un discurso hispanista de tendencia conservadora que reivindicó “la supremacía de las viejas clases dominantes de pura cepa hispánica”.¹⁰⁷ Esta aparente contradicción es comprensible, dado que les tocó socializar una práctica intelectual que buscaba su lugar en el rol que la cultura hegemónica le había asignado, esto es, servir de instrumento para la legitimación del proyecto de Estado nación.

105. Carlos Landázuri Camacho, “La historiografía ecuatoriana”, p. 69.

106. Jorge Núñez Sánchez, “La actual historiografía ecuatoriana y ecuatorianista”, en Jorge Núñez, comp., *Historia. Antología*, pp. 29-30.

107. José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001, p. 177.

Por ello, su principal objetivo al crear un Centro de Investigaciones Históricas consistió en atesorar el mayor número posible de documentos y ayudar a la creación de los “archivos nacionales”, con el fin de precautelar las huellas del pasado, dimensión objetiva que ayudaría a sostener la tesis del origen remoto de la “nacionalidad” ecuatoriana.

De igual forma, el mito de los orígenes se reeditó en el relato oficial sobre la fundación de Guayaquil, cuando se elogió el legado hispánico y la “creación” máxima de España en tierras americanas: el mestizaje. La celebración del mestizaje encontró resonancia en el proyecto cultural de los liberales, “orientado por un tipo de selección histórico-cultural dominante, tendiente a lograr la cohesión de la comunidad”¹⁰⁸ e incorporar a los ciudadanos al moderno discurso del progreso, principalmente a través de la educación.

Hay que entender, sin embargo, que ningún discurso cultural opera sobre un vacío histórico, sino que se va construyendo procesualmente en el tiempo. De modo que el método positivista de los liberales, ligado a una mentalidad tradicional que invisibilizó al *otro*, abonó en un pensamiento social que bebió de muchas fuentes, algunas de ellas disímiles, pero que apuntalaron discursos legitimadores de una historia oficial cercana a los proyectos, ideales y valores de los sectores dominantes.

MECANISMOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN SOCIAL, A PROPÓSITO DE UN CENTENARIO

En la lógica de la reproducción cultural propia de una sociedad estratificada, el CIH buscó los medios y espacios adecuados para realizar sus actividades de investigación y legitimar su actuación en la esfera pública. Lo primero fue invitar a las autoridades del país y la ciudad, para incorporarlos como miembros honorarios. En el acta de creación del Centro, se lee: “Igualmente se nombró como Presidente de Honor, por la protección moral que puede ofrecer al Centro, en apoyo a sus labores, al señor Presidente de la República; y como miembros de honor para iguales casos, a los señores Ministros de Instrucción Pública, Presidente del Muy I. Concejo Cantonal de Guayaquil, Rector de la Universidad de Guayaquil y Decano de la Prensa Nacional”.¹⁰⁹

Simbólicamente, se buscó el mecenazgo del poder político, representado en las máximas autoridades del Estado central y el gobierno local, así como el respaldo de la academia y el apoyo de la prensa.

108. Érika Silva Charvet, *Identidad nacional y poder*, Quito, Abya-Yala, 2004, p. 14.

109. “Acta inicial”, en *Boletín del CIH*, I: 1, 1931, p. 2.

Los miembros del CIH sabían que habían creado un organismo destinado a intervenir en la construcción de la memoria histórica local, y por ende, debían asegurar la participación de las instituciones más “representativas” de la sociedad y el Estado, por “la importancia que dentro de la cultura patria representa para la ciudad de Guayaquil un instituto de la categoría del Centro de Investigaciones Históricas”.¹¹⁰

Para ello, intentaron asegurar el interés público mediante actos conmemorativos que recordaran episodios canónicos de la historia nacional, como los centenarios de la instauración de la república y de la muerte del Libertador, o los 400 años de la muerte de Atahualpa y de la fundación española de Guayaquil.

En la celebración de estos rituales se buscó instituir un calendario cívico que ayudara a fortalecer sentidos de identidad colectiva y pertenencia a una comunidad imaginada, especialmente a la ciudad y la nación. Por lo general, las ceremonias mantenían el mismo esquema: un orador hacía la presentación realzando la importancia de la fecha histórica; luego, uno de los miembros del CIH intervenía con un discurso “académico” que ampliaba el tema y, finalmente, se leían las resoluciones del ateneo, que incluían la incorporación pública de nuevos integrantes, lecturas de actas y resoluciones internas o pronunciamientos sobre algún tema de interés general.

La “alianza” con la prensa contribuyó para que la asociación ganara notoriedad en el ámbito público, como ocurrió en agosto de 1930, cuando el CIH se declaró oficialmente constituido. Así lo reseña una nota publicada en *El Telégrafo*:

El Centro de Investigaciones Históricas, formado recientemente por los elementos más destacados como historiadores en esta ciudad, celebró el catorce del presente mes su sesión solemne de instalación, en honor de la fecha que se conmemoró [...] Declarado abierto el acto por el Director y, una vez que este hubo pronunciado el discurso de apertura, fue leída el acta de instalación del nueve de Julio de los corrientes. El discurso del doctor Rolando fue de corte académico [...].¹¹¹

Otra estrategia para adquirir visibilidad fue la solicitud que se hizo a la Municipalidad de Guayaquil para que los historiadores de la ciudad tuvieran una sede. Durante su existencia, el CIH funcionó en los bajos del Palacio Municipal, en el centro, simbólicamente amparado por el gobierno local. Con el paso del tiempo, abrieron una biblioteca especializada con el aporte de los miembros, quienes debían donar “cuando menos, un ejemplar de cualquier

110. “Primeras palabras”, en *ídem*, p. 1.

111. *El Telégrafo*, Guayaquil, 16 de agosto de 1930.

obra de índole histórica”.¹¹² Asimismo, el cabildo facilitó su imprenta para la publicación del *Boletín*, aunque después se recurrió al apoyo de la Universidad de Guayaquil y de la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas.

Como vemos, la creación de un centro de estudios históricos constituyó una demanda social en el medio guayaquileño, porque representó la instrumentalización del poder letrado, con el concurso de agentes especializados en desarrollar y propagar nociones de patriotismo y civilidad, como se requería en una sociedad autoconsiderada “liberal”, pero con evidentes matices tradicionalistas.

Un ejemplo de lo anterior se observa a propósito del centenario de la muerte de Simón Bolívar. Fue precisamente el CIH la institución que se encargó de organizar los actos conmemorativos, implementando una serie de estrategias para llegar a la subjetividad de las personas.

La preparación del evento comenzó dos meses antes del día señalado, esto es, del 17 de diciembre de 1930, con el diseño de un programa cívico de alcance nacional, “para lo cual se contaba con la aprobación patriótica [...] de parte del Gobierno, de las autoridades locales y de la Sociedad Bolivariana de la Capital”.¹¹³ Se buscaba rendir tributo a la memoria del “Padre de la Patria”,¹¹⁴ como fue llamado Simón Bolívar en los discursos, cumpliendo con la misión por la cual había sido creado el CIH, en su calidad “de institución destinada a recordar los grandes acontecimientos de la historia patria”.¹¹⁵

El programa oficial fue aprobado por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, así como por las instituciones “tradicionales” de Guayaquil, entre las que se incluían el Conservatorio Nacional de Música, el Benemérito Cuerpo de Bomberos y la Sociedad Filantrópica del Guayas, “y contando con la cooperación de la prensa, de los elementos intelectuales [...], de la clase obrera en general”.¹¹⁶

Entre los días 17 y 20 de diciembre de 1930 se realizaron sesiones solemnes, repiques de campana, cañonazos, marchas, retretas, celebraciones litúrgicas, veladas, desfiles y ofrendas florales en el Parque Bolívar y hasta la inauguración de un campo de aviación, bautizado con su nombre.

Uno de los principales actos propagandísticos que efectuó el CIH fue imprimir una hoja volante que se repartió en las calles, momentos antes de la hora exacta del suceso ocurrido hace cien años. El impreso decía:

112. “Reglamento del Centro de Investigaciones Históricas”, p. 123.

113. “Centenario de la muerte del Libertador”, en *ídem*, p. 54.

114. *Ídem*, p. 55.

115. *Ídem*, p. 54.

116. *Ídem*, p. 55.

Al pueblo de Guayaquil. Faltando cinco minutos para las dos de la tarde, las sirenas del Cuerpo de Bomberos darán una señal para que todos los ciudadanos suspendan sus ocupaciones y guarden cinco minutos de estricto silencio y recogimiento, como homenaje respetuoso de la ciudad al Libertador al cumplirse hoy cien años de su fallecimiento en Santa Marta. El Centro de Investigaciones Históricas pide encarecidamente al glorioso pueblo del 9 de Octubre, en aras de la cultura que siempre ha manifestado en los actos cívicos, cumpla voluntariamente esa disposición en forma que no aparezca la menor nota discordante, a fin de que el silencio sea completo y se suspenda todo tráfico, ruido o bullicio para que dicho acto tenga la solemnidad del caso.¹¹⁷

Al día siguiente, la prensa atestiguó el “buen comportamiento” cívico de los transeúntes del centro de Guayaquil, quienes al escuchar las sirenas de los bomberos paralizaron inmediatamente sus actividades:

ni tranvías, ni automóviles; nadie ni nada circulaba [...] Pasado el tiempo reglamentario señalado en el programa, volvieron las sirenas a dar la voz de actividad, y esta quedó restablecida [...] Todos los ciudadanos, donde les encontró el silencio elevaron un recuerdo o dijeron una oración mental por el grande espíritu del Libertador.¹¹⁸

Este último aspecto sugiere el diálogo entre la conmemoración cívica y la tradición religiosa; es decir, el patriotismo como “religión del Estado” se mezcla con las creencias cristianas, cumpliéndose el sentido de adhesión y el lazo imaginario que une a los integrantes de la nación entendida como “comunidad imaginada”, porque, como dice Benedict Anderson, si bien ellos no se conocen y “no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas [...] en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”.¹¹⁹

De esta forma, los centenarios y otras conmemoraciones que impulsó el CIH formaron parte de la estrategia que sus integrantes eligieron para fortalecer los sentidos de pertenencia grupal desde la activación de la memoria selectiva, que a la vez sirvió para legitimar el rol de los historiadores en la esfera pública.

117. “Los actos del centenario”, en *idem*, pp. 59-60.

118. *El Telégrafo*, Guayaquil, 18 de diciembre de 1930.

119. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.

CONCLUSIONES

La problemática de la memoria histórica y social está relacionada con el despliegue de discursos y prácticas convocantes, como las conmemoraciones, dispositivos que avivan el recuerdo colectivo y nos permiten reflexionar sobre el lugar social de los historiadores en un tiempo y espacio concretos, así como el lugar social desde el que construyen sus narrativas. Guayaquil, entre 1930 y 1960, fue una ciudad marcada por procesos de modernización y profundas contradicciones en su configuración identitaria, como resultado de grandes asimetrías que profundizaron desigualdades sociales, económicas y culturales.

En este contexto, la Historia como área especializada de conocimiento generó, en Guayaquil, un saber especializado que buscó sus lógicas internas de existencia y reproducción, con la creación de instituciones como el Centro de Investigaciones Históricas (1930), sin separarse totalmente del rol que las sociedades tradicionales le asignaban al intelectual como “apóstol secular, educador del pueblo o de la nación”,¹²⁰ sin cuya actuación sería difícil imaginar la existencia de sociedades híbridas como la nuestra, a mitad de camino entre la tradición y la modernidad, a pesar de los cambios políticos, económicos y socioculturales que empujaron los procesos de modernización.

El Centro de Investigaciones Históricas cumplió un papel relevante en la formación de un saber humanístico que reprodujo las aspiraciones e ideales de una comunidad, con todos sus fastos y ritualidades. En su interior coexistieron intelectuales progresistas y tradicionalistas que, a su manera, contribuyeron a formar una institución social que elaboró discursos de afirmación identitaria, creando y recreando símbolos de historia local, entre la recuperación de lo hispánico y el ocultamiento de lo nativo, tensión que se “resolvió” con la emergencia del imaginario criollista.

Como muy bien expresó Michel de Certeau, “cada sociedad se piensa ‘históricamente’ con los instrumentos que le son propios”.¹²¹ Así, entre 1930 y 1960, Guayaquil elaboró una memoria histórica, un tipo de representación del pasado y una práctica historiográfica que aspiró a permanecer en el tiempo.

Fecha de recepción: 12 de noviembre de 2009

Fecha de aceptación: 6 de septiembre de 2010



120. Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual*, p. 15.

121. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 82.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil (1910-1919).

Boletín del Centro de Investigaciones Históricas (1930-1962).

Revista de la Asociación Escuela de Derecho (1912-1918).

OBRAS PUBLICADAS

Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Buenos Aires, Granica, 2006.
Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

Altamirano, Carlos, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina, I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1993.

Ayala Mora, Enrique, edit., *La historia del Ecuador: ensayos de interpretación*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1985.

Barrera, Isaac J., *Historiografía del Ecuador*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956.

Bustos, Guillermo, "El Bicentenario: legados y nuevas perspectivas", en Guillermo Bustos Lozano, edit., *La Revolución de Quito, 1809-1812*, Quito, Corporación Editora Nacional/El Comercio/Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2009.

_____, "La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de fundación de Quito", en Christian Büschges, Guillermo Bustos y Olaf Kaltmeier, comps., *Etnicidad y poder en los países andinos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Universidad de Bielefeld/Corporación Editora Nacional, 2007.

Capello, Ernesto, "Hispanismo casero: la invención del Quito hispano", en *Procesos: revista ecuatoriana de Historia*, No. 20, II semestre 2003/I semestre 2004.

Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

Chávez Franco, Modesto, *Crónicas del Guayaquil antiguo*, Guayaquil, Imprenta y Talleres Municipales, 1944.

Colmenares, Germán, *Ensayos sobre historiografía*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997.

Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia: siglos XIX y XX*, México, FCE, 1997.

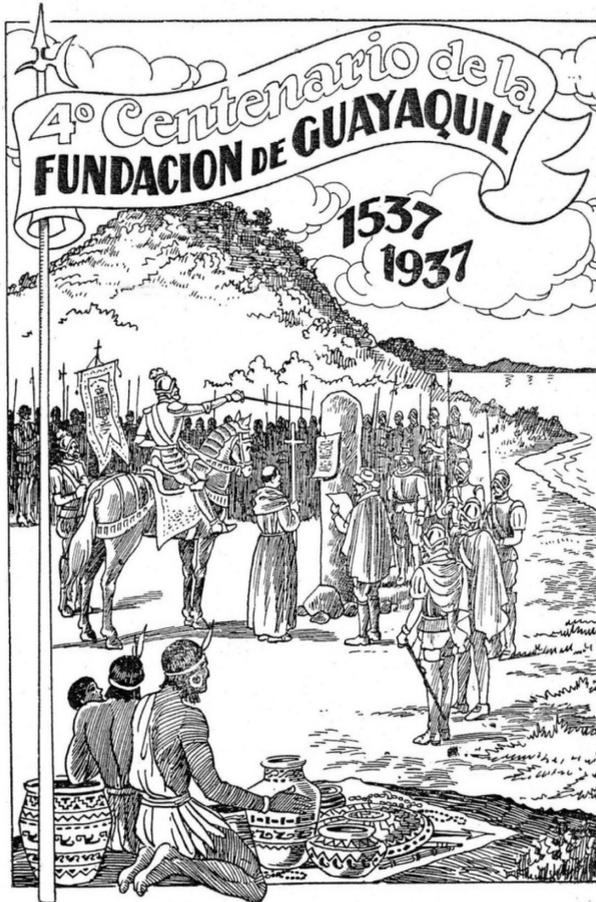
Destruge, Camilo, *Biografía del Gral. Don Juan Illingworth*, Guayaquil, Uzcátegui & Co., 1913.

_____, *Controversia histórica sobre la iniciativa de la Independencia Americana*, Guayaquil, Librería e Imprenta Gutenberg de Uzcátegui & Cía., 1909.

- _____, (D'Amecourt), *Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-1822*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana de Borrás, Mestres y Cía., 1920.
- _____, *Historia de la prensa de Guayaquil*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1982.
- El Ecuador. Guía comercial, agrícola e industrial de la República*, Guayaquil, Compañía Guía del Ecuador, 1909.
- Espinosa Tamayo, Alfredo, *El problema de la enseñanza en el Ecuador*, Quito, Imprenta y Encuadernación Nacionales, 1916.
- _____, *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Guayaquil, Imprenta Municipal, 1918.
- Fernández-Salvador, Carmen, "Historia del arte colonial quiteño. Un aporte historiográfico", en Carmen Fernández-Salvador y Alfredo Costales Samaniego, *Arte colonial quiteño. Renovado enfoque y nuevos actores*, Quito, FONSA, 2007.
- Ferro, Marc, *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*, México, Siglo XXI, 2003.
- Granados, Aimer, "Hispanismos, nación y proyectos culturales, Colombia y México: 1866-1921", en *Memoria & Sociedad*, vol. 9, No. 19, julio-diciembre de 2005.
- Landázuri Camacho, Carlos, "La historiografía ecuatoriana", en *Quitumbe*, No. 6, mayo de 1987.
- Manguashca, Juan y Liisa North, "Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972", en Rafael Quintero, edit., *La cuestión regional y el poder*, Quito, Corporación Editora Nacional/CERLAC-York University/FLACSO, 1991.
- Melo, Jorge Orlando, "Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización", en Jesús Martín Barbero y Fabio López de la Roche, eds., *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- Montesperelli, Paolo, *Sociología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.
- Morales Moreno, Luis Gerardo, "Museológicas. Problemas y vertientes de la investigación en México", en *Relaciones*, No. 111, vol. XXVIII, verano 2007.
- Muratorio, Blanca, edit., *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, Quito, FLACSO, 1994.
- Núñez, Jorge, comp., *Historia. Antología*, Quito, FLACSO/ILDIS, 2000.
- Pérez Concha, Jorge, "Camilo Destruge, Gabriel Pino Roca, Modesto Chávez Franco, etc.", en Biblioteca Ecuatoriana Mínima, *La Colonia y la República. Historiadores y críticos literarios*, Puebla, J. M. Cajica Jr. S.A., 1960.
- Pérez Concha, Jorge, *Escritos históricos*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1990.
- Pino Roca, J. Gabriel, *Leyendas, tradiciones y páginas de historia de Guayaquil*, Guayaquil, Imprenta La Reforma-Editorial Jouvín, 1930.
- Prieto, Mercedes, *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador poscolonial, 1895-1950*, Quito, FLACSO/Abya-Yala, 2004.
- Rioux, Jean Pierre, "La memoria colectiva", en *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales* [www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Rioux.pdf].
- Romeo Castillo, Abel, *Olmedo, el político*, Guayaquil, Publicaciones de la Universidad de Guayaquil, 1946.
- _____, *La imprenta de Guayaquil independiente, 1821-1822*, Guayaquil, s.e., 1956.

- _____, *La independencia de Guayaquil. 9 de Octubre de 1820*, Guayaquil, Banco Central del Ecuador, 1983.
- Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.
- Said, Edward, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- Silva Charvet, Érika, *Identidad nacional y poder*, Quito, Abya-Yala, 2004.
- Subirats, Eduardo, “Siete tesis contra el hispanismo”, en *Revista Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, No. 17, Monterrey, s.f.
- Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Torres Carrillo, Alfonso, “Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas”, en [http://www.dimensioneducativa.org.co/.../PASADOS_HEGEMONICOS_UASB1.doc].
- Torres Guerrero, Octavio, “Canon y raíz”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Madrid, Universidad Complutense, 2005, en [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero30/canraiz.html>].
- Urrejola, Bernarda, “Modernismo hispanoamericano: ni estética a-identitaria ni compromiso estético”, en *Cyber Humanitas*, No. 23, Santiago de Chile, invierno de 2002.
- Viejo Viñas, Raimundo, “Historia del Mún Contemporani”, en [<http://dcpis.upf.edu/~raimundo-viejo/docencia/hmc/HMC0.pdf>].

ANEXO



FUNDACION DE GUAYAQUIL POR ORELLANA

“Fundación de Guayaquil por Orellana”, autor desconocido, dibujo publicado en el *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, vol. 7, 1937.